

FE Y MISION EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRES Y DE RESISTENCIA

Carlos Collantes, misionero javeriano

"La fe es el pájaro que canta cuando la aurora está oscura" R Tagore

1. La misión cuestión de fe.

La fe nace de la escucha: I Cor 9, 16-23 / Rom 10, 17. Creí, por eso hablé: II Cor 4, 13. La misión se fundamenta sobre el encuentro personal con Cristo y se vive como anuncio y testimonio y es un servicio de mediación al servicio del proyecto salvífico de Dios. Ello quiere decir que la misión es una colaboración confiada y humilde con la acción y la obra de Dios en actitud de apertura y docilidad al Espíritu Santo y desde la comunidad eclesial que no es fin en sí misma, sino que está al servicio del Reino, al servicio de la humanidad.

*"El hombre de nuestro tiempo necesita una luz fuerte que ilumine su camino y que **solo el encuentro con Cristo puede darle**. ¡Traigamos a este mundo, a través de nuestro testimonio, con amor, la esperanza donada por la fe! La naturaleza misionera de la Iglesia no es proselitista, sino **testimonio de vida que ilumina el camino, que trae esperanza y amor**". (Mensaje Francisco. Domund 2013)*

¿Qué entiendo por resistencia?

Resistencia no a los cambios, sino resistencia entendida como permanencia, como arraigo en lo esencial, con lo que esta actitud implica de purificación y de fortaleza en nuestro caminar en medio de la niebla que a veces sentimos que nos rodea porque la dificultad de ver claro parece evidente. Una niebla global que nos afecta profundamente como creyentes y como personas, e interpela nuestra fe y misión.

¿Percepción pesimista? Esto es lo que ha escrito el Papa: "... *vivimos en una época de crisis que afecta a muchas áreas de la vida, no solo la economía, las finanzas, la seguridad alimentaria, el medio ambiente, sino también la del sentido profundo de la vida y los valores fundamentales que la animan. La convivencia humana está marcada por tensiones y conflictos que causan inseguridad y fatiga para encontrar el camino hacia una paz estable. En esta situación tan compleja, donde el horizonte del presente y del futuro parece estar cubierto por nubes amenazantes, se hace aún más urgente el llevar con valentía a todas las realidades el Evangelio de Cristo, que es anuncio de esperanza, reconciliación, comunión; anuncio de la cercanía de Dios, de su misericordia, de su*

salvación; anuncio de que el poder del amor de Dios es capaz de vencer las tinieblas del mal y conducir hacia el camino del bien. (Mensaje del Domund 2013)

Resistencia significa también compromiso a favor de un profundo cambio estructural porque lo que está ocurriendo es "grave", ya que vivimos vapuleados por un sistema profundamente inicuo y perverso en el que los más vulnerables se llevan la peor parte, como siempre. (Un sistema calificado desde las ciencias sociales como "darwinismo social" en el que cada vez es mayor la población excedentaria o sobrante, como un efecto colateral de la evolución, del triunfo de los más dotados, es decir de quienes controlan los resortes del poder económico-financiero-mediático-político).

Podemos también pensar en la resistencia en el interior de nuestra propia iglesia frente a tanto inmovilismo y nostalgias del pasado como hemos estado viviendo estos últimos años, o frente a la búsqueda de seguridades, entendida ésta como tener una clientela asegurada "dentro del recinto sagrado" sin compartir las inclemencias "de fuera". Aunque lo que estamos viviendo en estos últimos meses puede estar cambiado la percepción del presente, el tono vital y las perspectivas o expectativas. En este sentido, se trata de aprovechar la bocanada de aire fresco que nos está llegando y colocarnos en esta corriente de frescura, comenzando por recuperar cierto lenguaje sepultado, lenguaje y actitudes... De la resistencia así descrita brota un desafío: descubrir cuáles son nuestras fortalezas y oportunidades del momento histórico, para aprovecharlas, porque el mundo pertenece a quienes le ofrecen razones de esperanza, porque las tienen.

Los cambios profundos, los contextos actuales están haciendo que las fronteras de antes y los espacios homogéneos hayan saltado por los aires. Lo cual nos crea una cierta incertidumbre y desconcierto. Antes -los misioneros- lo teníamos todo bastante más claro y el salir era siempre geográfico. ¿Y si la urgencia del anuncio se hubiera desplazado y universalizado en este mundo sin fronteras? ¿Los ámbitos de la misión y los contextos amplios y globales difuminan la misión ad gentes?

2. "Creer es comprender que se pertenece al Dios de la vida. Sólo en la fe se llega a la verdad de la propia existencia". (R. Bultmann). La fe es la apertura humana confiada, a Dios desde nuestra radical pobreza humana.

La fe no significa tener todo claro, sobre todo cuando nos vemos confrontados al problema o enigma del mal, de la injusticia, sino seguir caminando, seguir esperando a pesar de la

oscuridad, la no comprensión, la incertidumbre; en la fe-esperanza encontramos la fuerza necesaria para vivir en medio de la niebla, para vivir y caminar, porque la fe es confianza amorosa en un Dios bueno, a pesar de lo que vemos.

La fe es dejarse sorprender por Dios: "Nosotros creíamos que..." (Lucas 24, 21) "Yo imaginaba que..." (II Reyes 5, 11), dejarse sorprender y permanecer arraigados, serenos, confiados a pesar de la sorpresa, la oscuridad o el desconcierto. La fe es seguir alimentando el corazón y la vida entera con la Palabra de Jesús, es permanecer en espera serena, a pesar de la oscuridad del silencio, de la aparente no respuesta de Dios y seguir diciendo: aquí estoy... aquí estamos.

La fe crea relaciones nuevas que van más allá de las apariencias, de la acepción de personas, más allá de los roles, de criterios humanos, de prestigios sociales. Y esa fraternidad tiene **poder de transformación social**, aunque las transformaciones son lentas. (Podemos pensar en el ejemplo histórico de los primeros siglos del cristianismo, a partir de la breve carta de Pablo a Filemón. El cristianismo no abordó de frente la lucha contra la esclavitud, pero introdujo dentro de las relaciones humanas interpersonales una novedad: las relaciones fraternas, es la historia de la relación entre Onésimo y Filemón, al cambiar la mirada se ven hermanos, la relación interpersonal queda completamente transformada y con el tiempo también las relaciones sociales quedarán transformadas... Aunque hoy nuestros planteamientos teóricos serían o son distintos y se trabaja o se quiere incidir en el reconocimiento jurídico y de hecho de los derechos humanos en todos los lugares)

3. Sabemos que no se puede vivir la fe de espaldas al dolor del mundo-humanidad y de la historia. La misión **exige la inserción cordial** en esa historia desde nuestra humanidad compartida, desde lo humano común compartido.

"Cuando uno ha renunciado a ser algo... entonces se arroja por completo en los brazos de Dios, entonces ya no nos tomamos en serio nuestros propios sufrimientos, sino los sufrimientos de Dios en el mundo, entonces velamos con Cristo en Getsemaní. **Creo que esto es la Fe**" (D. Boenheffer, "Resistencia y sumisión").

¿Cómo reformular la fe desde categorías de resistencia frente a lo que está sucediendo y de la necesidad un profundo cambio social-estructural, desde la exigencia de la justicia? ¿Cómo dar testimonio de la verdad en la historia con sus contradicciones? (Entiendo por verdad el proyecto salvífico del Padre escondido y revelado en Jesucristo y llamado a

realizarse en la historia como un proyecto de fraternidad-comuni3n. Es decir, una verdad de tipo relacional).

Nuestra misi3n es hacer visible la Vida (I Juan 1, 1-4) Estamos ante un texto marcadamente misionero porque va a la ra3z de la experiencia de fe, del encuentro contemplativo y renovado con el Verbo encarnado, y que nos hace descubrir el necesario anuncio-testimonio de quienes se han dejado alcanzar, tocar, y transformar por el Verbo encarnado, es decir, por la humanizaci3n de Dios en Jes3s. Y de este encuentro brota un reto permanente: que todo lo humano se haga divino, es decir, que la comuni3n, el amor, la armon3a... broten y sean posibles. Vemos en este texto como la fe lleva a la misi3n.

La misi3n es tambi3n el modo como intentamos hacer visible -desde y en nuestra fragilidad- la pasi3n por Dios y por la humanidad, pasi3n 3nica. Es compartir el "amor herido" de Dios por la humanidad, revelado en el AT: "He visto / o3do la aflicci3n de mi pueblo..." (3xodo 3, 7-8) y que llega a su m3xima expresi3n en el amor herido-apasionado de Jes3s: "He venido a prender fuego a la tierra..." (Lucas 12, 49-50) Una misi3n que nos lanza por los caminos de la historia, caminos o cunetas, o fronteras y periferias donde est3 en juego o en entredicho la dignidad de la persona con la tarea de anunciar, sanar, liberar.

Sabemos bien que en nuestro ambiente cultural y social todo se discute y Dios parece ausente o se ha vuelto innecesario. En este contexto, ¿c3mo legitimar socialmente nuestra misi3n? ¿Utilizar un lenguaje atractivo, "simp3tico" que nos haga aceptables, es acaso una tentaci3n? ¿Situarnos al mismo nivel -y refiri3ndonos siempre al lenguaje que utilizamos- de quienes en nuestra sociedad buscan, al igual que nosotros, mejorar las condiciones de vida de los m3s desfavorecidos o vulnerables? ¿Tenemos acaso las mismas motivaciones? Algunas s3, pero tenemos "otras", de otro calado; tenemos un plus a3adido. Lo que legitima nuestra misi3n y le da hondura y consistencia es nuestra identidad de bautizados, creyentes o consagrados, consagradas y el cultivo de nuestras ra3ces. Y desde nuestra identidad m3s profunda aspiramos a una vida m3s fiel, m3s aut3ntica y menos resignada ante lo que nos venden interesadamente como "inevitable" (en la actual crisis), o ante las incertidumbres de nuestra 3poca.

"La Iglesia -lo repito una vez m3s- no es una organizaci3n asistencial, una empresa, una ONG, sino que es una comunidad de personas, animadas por la acci3n del Esp3ritu Santo, que han vivido y viven la maravilla del encuentro con Jesucristo y desean compartir esta

experiencia de profunda alegría, compartir el mensaje de salvación que el Señor nos ha dado. Es el Espíritu Santo quien guía a la Iglesia en este camino". (Mensaje del Domund 2013)

La fe como amistad con el Señor, como don precioso de Dios abre la mente y el corazón a una nueva forma de ver y vivir la existencia. Pero ese don lleva consigo la exigencia de salir del propio recinto, de cualquier cenáculo donde el miedo o el desconcierto o la impotencia frente a los que está sucediendo, haya podido encerrarnos; salir del propio territorio donde nos sentimos seguros para ofrecerla o compartirla en las periferias de la humanidad, actitud ésta de salir muy propia de la misión ad gentes.

"¡Todo el mundo debería poder experimentar la alegría de ser amados por Dios, el gozo de la salvación! Y es un don que no se puede conservar para uno mismo, sino que debe ser compartido. Si queremos guardarlo sólo para nosotros mismos, nos convertiremos en cristianos aislados, estériles y enfermos. El anuncio del Evangelio es parte del ser discípulos de Cristo y es un compromiso constante que anima toda la vida de la Iglesia". (Mensaje del Domund 2013)

Sin olvidar que las fronteras de la fe no atraviesan únicamente lugares y tradiciones humanas sino el propio corazón de cada persona. El papa Francisco lo expresa bien en su mensaje: *"La misionariedad no es solo una cuestión de territorios geográficos, sino de pueblos, de culturas e individuos independientes, precisamente porque los "límites" de la fe no solo atraviesan lugares y tradiciones humanas, sino el corazón de cada hombre y cada mujer".* (Mensaje del Domund 2013) Ello quiere decir -y es un toque de realismo- que la fe siempre es frágil, no es definitiva, ni está asegurada para siempre. Incluso podemos pensar que los límites entre el creyente y el no creyente pueden ser a veces difusos, porque atraviesan nuestro mismo corazón. Por eso, uno de nuestros desafíos permanente es mantener viva la LLAMA de la pasión originante de nuestra llamada: Dios.

Creemos que la resurrección es la reivindicación del cariño de Dios y de su justicia hacia las víctimas, los perdedores, los derrotados. Y sin embargo, la resurrección no es un parachoques o una coartada frente al dolor y al sufrimiento, porque lo primero es compartir el dolor, las lágrimas, la impotencia. Por eso la fe implica también la audacia y el riesgo. Dios no es un parachoques frente al dolor, sino el amor capaz de rehacer y recomponer el puzzle de nuestra historia que tantas veces aparece deshecho o descompuesto y que Él da sentido, recomposición que todavía no vemos; por eso fe significa creer a pesar de lo que vemos. La misión, será expandir la fragancia del

Resucitado para inundar la tierra con su perfume: “me unges la cabeza con perfume”, rezamos en el salmo 22. Es el perfume de la Unción que es el Espíritu.

4. Fe + caridad = misión. Es el lema del Domund de este año. “La automanifestación del Ser Absoluto a través de Cristo y de su cruz solo se puede entender si se comprende la entrega humana hasta la muerte como expresión del Amor total. Así pues la fe es una respuesta individual y colectiva al amor que se vació por todos y cada uno. En consecuencia, **creer es solo amar, y nada puede y debe ser creído sino el amor...** La única recompensa es el amor mismo. Las buenas obras han de ser eco del amor, de lo contrario carecen de valor” (Hans Urs Von Balthasar).

Fe + caridad = misión. El amor y la compasión tienen que ser vividos también en el ámbito público, en el ámbito de las relaciones sociales y no únicamente en las interpersonales. Ello implicará o exigirá tantas veces hablar de caridad política o de compasión política. Lo cual quiere decir, que el amor nos obliga a preguntarnos por la justicia ¿dónde queda la justicia?

El misionero es símbolo y testigo de la universalidad. Hoy día en que, a causa de los recortes, se nos invita a preocuparnos por los cercanos que lo están pasando mal, nosotros -sin olvidar esta cercanía- tenemos que mantener la apertura a la universalidad, mantener la preocupación por las víctimas “lejanas”, víctimas de una crisis “eterna” y de dimensiones y consecuencias más catastróficas que la nuestra, dada la interdependencia de las situaciones. Y ahí entra la relación existente entre nuestro estilo de vida y nuestro modelo de desarrollo y de sociedad con situaciones -bien conocidas algunas- de explotación de recursos en países del Sur, o de injusticias profundas que el fenómeno masivo de las migraciones desvela tantas veces de manera dramática.

La atención por los “lejanos” tampoco nos dispensa de la atención a los fermentos de resistencia y de cambio, presentes en nuestra sociedad, por la misma razón de la interdependencia de situaciones. Atención por tanto a las abundantes “micro-luchas” presente en nuestros ambientes y contextos (soberanía alimentaria, desahucios, comercio responsable-consumo responsable, cuidado del medio ambiente... y tantas otras orientadas a construir un modelo distinto de desarrollo y de sociedad).

Fe significa creer que al final todo se desvela: la fecundidad del bien hecho que parecía ineficaz y que al haber sido recogido por Dios, ha sido transformado; y se descubre o

revela la presencia discreta que siempre nos ha acompañado... La identidad oculta o secreta de la realidad se manifiesta. La fe es seguir creyendo en las promesas del Señor, en su fidelidad: Él nos eligió y constituyó.

Sin embargo, puede existir en nosotros otra resistencia -no positiva- a afrontar la novedad que el Señor nos está pidiendo, a explorar caminos nuevos. Hoy en sociología se habla de *horizonte de expectativas*, línea que nos orienta respecto a lo que somos y vivimos y que, por otra parte, nunca alcanzamos y de *espacio de experiencia* dentro del que vivimos. Es importante ver como se relacionan ambas dimensiones. Está claro que cada momento histórico tiene su horizonte y el nuestro está marcado por la incertidumbre lo cual genera inseguridad y por tanto inquietud. El espacio de experiencia es lo que somos, lo que vivimos, pero es capital comprender que *"la realidad no es solo que somos, sino lo que queremos hacer con lo que somos"*. De ahí la importancia de despertar los sueños o los deseos dormidos del corazón para poder vivir lo nuevo con una sana actitud de apertura y de esta manera poder preparar el futuro cercano siempre dentro de un horizonte fundamental: la perspectiva del Reino. (Cf. Xavier Quinzà Lleó, El influjo de los débil, Sal Terrae, p.28-29. El autor cita en estas páginas a R Koselleck).

5. Existe un síndrome que podríamos llamar "del Dios ausente o escondido", a causa de la injusticia humana. Es el Dios que encontramos en la parábola de la viuda y el juez inicuo de Lucas 18, 1-8. Las preguntas con las que termina este evangelio son inquietantes: "... Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche? Cuando vuelva el hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?" Si unimos ambas preguntas podemos decir que fe significa luchar a favor de la justicia.

Este texto puede servirnos para hablar de la resistencia de quien se niega a que las cosas sean como son porque están siendo tremendamente injustas, se niega, sí; y desde la conciencia de la propia dignidad, -la viuda del evangelio en quien podemos ver representada a tanta gente- y desde la necesidad o urgencia de justicia para los desfavorecidos y humillados, interpela al mundo de forma sosegada o de forma dolorosa. Y esa interpelación-resistencia forma parte de nuestra misión, interpelación que significa que se ama la vida y la vida para todos, es decir justa, solidaria, fraterna.

El juez es la viva imagen de todo poder arbitrario y prepotente que gobierna o des gobierna tantos países de espaldas al pueblo que sufre representado en esa viuda

que suplica esperanzada y resistente con las manos desarmadas, que suplica y ora a pesar de la injusticia. Poderes inicuos que imponen su despiadada lógica con opacidad e impunidad y siembran pobreza y dolor, poderes que tienen una enorme responsabilidad histórica por ser productores de inmenso sufrimiento a través de instituciones o estructuras injustas, llámese multinacionales o FMI, OMC, o los "mercados financieros" o los fondos buitres, o cierta Banca, o gobiernos de algunos de los países que conocemos bien por haber trabajado en ellos. Poderes corruptos apoyados y sostenidos por los intereses de los más grandes que pueden hablar a veces y hablan de derechos humanos pero cierran sus ojos, -la razón, y el corazón- cuando sus intereses así lo aconsejan.

La viuda no contaba con ningún apoyo social, pero es fuerte para reclamar sus derechos, y no se resigna a los abusos. Por eso, su vida entera se convierte en un grito: «*Hazme justicia*». No pide privilegios sino derechos, vivir con dignidad.

El cristiano es quien «resiste» contra un orden no fundado en la justicia. Y contra todo aquello que ofende la dignidad del ser humano; o sea, contra toda forma de esclavitud, humillación, deshumanización. Y todo esto forma parte de nuestra misión. La resistencia no es una postura pasiva, resignada, sino una lucha, a veces, silenciosa, con frecuencia desproporcionada, por salir a flote, por vivir con dignidad, por caminar juntos de manera solidaria y fraterna. Es la resistencia de la fe-esperanza: a pesar de la injusticia que golpea a millones de hermanos, seguimos creyendo; a pesar de la indiferencia-increencia que ciega a otros seguimos creyendo y esperando, y estamos dispuestos a anunciar lo que creemos y esperamos de forma sencilla, convencida, valiente.

La viuda, una mujer sencilla y desarmada, golpeada por la injusticia, fuerte en su fragilidad insiste sin miedo hasta lograr con su perseverancia lo que desea. Es la oración valiente de quien se siente desbordado, sin apenas apoyos humanos y cuya única roca es el Señor. Las gentes sencillas nos enseñan a permanecer estrechamente unidos a Dios en la oración, para no dejarnos abatir por las dificultades. La parábola nos ofrece un mensaje de confianza. Los pobres no están abandonados a su suerte. Dios no es sordo a sus gritos. Aunque a nosotros nos toca gritar tal vez un poco menos a Dios y mucho más a ciertos poderes. Su intervención final es segura. Aunque a veces sentimos que tarda demasiado. De ahí las preguntas inquietantes y dolorosas del evangelio.

6. La misión nos hace entrar en contacto con la vulnerabilidad de tantas personas y de tantas situaciones dolorosas. En ese sentido somos "afortunados" por las posibilidades de humanización. El gran descubrimiento del misterio de la Encarnación es la vulnerabilidad como camino de acceso a Dios porque es ese mismo camino el que él mismo ha recorrido en su llegada hasta nosotros, camino que nos revela su amor al tiempo que nos introduce en él.

Acoger la vulnerabilidad nos humaniza, porque Dios se ha humanizado recorriendo ese camino. En este sentido la vulnerabilidad puede convertirse en el amor de los fuertes, de los mansos, de los no violentos, de los misericordiosos, de los desarmados; ahí está el desconcierto, la sorpresa, el escándalo y la maravilla... y el poder de la impotencia.

"Comprendemos con facilidad que alguien débil necesite de alguien fuerte, pero nos cuesta más entender que alguien fuerte necesite exactamente igual de alguien débil. Necesitamos personas que sean pequeñas y vulnerables" (Jean Vanier. Citado en Homilética 2012 / 6, p. 610) Dios, siempre desconcertante, nos invita a buscarle en lo pequeño y vulnerable, porque es así como él se nos presenta, como se oculta y se desvela. No otra cosa nos recuerdan algunos teólogos al decirnos que la salvación pasa verdaderamente por los pobres: "fuera de los pobres no hay salvación".

¿Es que nuestras oscuridades o incertidumbres actuales nos hacen percibir las certezas del Reino, o nos cuesta descubrir, acoger, seguir los itinerarios del Reino, itinerarios que ciertas parábolas nos indican: la semilla que crece sola, el grano de mostaza...? O que Pablo, con otro lenguaje, también nos sugiere: "cuando soy débil, entonces soy fuerte".

Siempre habrá gente interesada en que vivamos dormidos. No sé si no nos estamos resignando colectivamente a la dictadura de unos pocos (la de los "mercados" y de quienes maniobran y apuestan en ellos como si la suerte de millones de seres humanos fuera un juego de casino), a la dictadura de esos poderes no tan ocultos que han creado una crisis de enormes consecuencias dolorosas y que, después de haberla creado, se la están haciendo pagar a los más desfavorecidos y vulnerables, empobreciendo a millones de personas. ¿De verdad no podemos hacer nada más que escondernos detrás de la "complejidad" o "magnitud" de lo que está sucediendo, rumiando nuestra impotencia? Por eso soñamos y queremos una Iglesia que, al igual que Jesús, esté en todo momento cercana a los empobrecidos... y haga frente a esos poderes inicuos. *"¡Cómo me gustaría que la Iglesia fuese pobre y esté al lado de los pobres!"* (Francisco).

¿Nuestra oración está hecha también de gritos a Dios, como la de tantos salmos, pidiendo justicia para los pobres del mundo...? ¡Ojala resuenen en nuestras celebraciones eucarísticas el clamor de los que sufren!, porque en la eucaristía -no lo olvidemos- celebramos la memoria de Alguien que murió ajusticiado por estar cercano a los más humillados, heridos, haciéndose él uno de tantos y convirtiéndose -por ello y para siempre- en fuente de esperanza.

"En verdad nadie es sabio sin conocer la oscuridad" H Hesse

Jornadas CONFER, Área Misión y Cooperación 26- 27 octubre 2013